





SENTIRSE SIN SER, VIVIR SIN ESTAR: REFLEXIONES SOBRE LA VIDA RURAL ACTUAL

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: Marcos García Díez

Ser de un pueblo no es lo mismo que vivir en un pueblo. Ir a un pueblo no es lo mismo que permanecer en un pueblo. ¿Qué elementos responden al hecho de ser de, permanecer en, volver a, pertenecer a, sentirse de... un pueblo? Con una vida a caballo entre lo urbano y lo rural, entre Logroño y Anguiano, quiero compartir ahora estas reflexiones sobre un mundo rural que, aunque en progresiva desaparición, todavía hoy permanece.





Aunque actualmente vivimos en la época de mayor comunicación de la historia, donde personas y mercancías, sea cual sea la distancia o el lugar, pueden llegar en un solo día a cualquier punto del planeta, nuestro mundo se va reduciendo poco a poco, condenándonos a padecer, de forma inexorable, una soledad individual enorme. La familia, nuestro primitivo eje de apoyo y seguridad, ha sido sustituida por internet y otras aplicaciones tecnológicas. ¿Cuándo hemos suplido nuestra necesidad de afecto, contacto o apoyo de todo tipo por unos nuevos pilares sobre los que sustentarnos las actuales relaciones personales?

Ser y estar...

Sin embargo, todos los integrantes de nuestra sociedad no han sucumbido a este desolador panorama actual: en el pueblo resiste un grupo de rústicos, modernos, jubilados y jóvenes, unos ajenos a las tecnologías y otros hiperconectados por ellas al mundo global. Todos ellos *son sin ser*,

La honestidad, virtud clave en la sierra, se oculta a veces en un comportamiento hosco que enmascara, en sí mismo, una coherencia interna determinante

pertenecen desde nunca, han vuelto pero no se han ido. Todos ellos tienen algo en común: ¿será el “carácter serrano”?

Si nos paramos a observar la vida cotidiana de un pueblo, en sus calles y caminos (vasos sanguíneos que unen el pequeño casco urbano con huertas, corrales y gallineros, ermitas y otros edificios dispersos) oiremos saludos, a veces ininteligibles y veremos profundas miradas que, si se quiere realmente, nos integran en una curiosa dinámica rural. El pueblo siempre te dará la bienvenida –aunque se falte entre semana o a temporadas– y te acogerá –aunque solo estés en verano–,

SER Y ESTAR...





Haya y roble en el collado
“Las Fradigas”, un
ejemplo de convivencia.

PERMANECER...

SENTIRSE...

manteniendo así un lazo de unión que nunca se podrá romper.

Pero, si desconocemos nuestra autoestima colectiva como pueblo, solo participando en su realidad y viviendo la vida rural como uno más tendremos acceso a nuestro carácter propio, a nuestra identidad cultural; es decir, conociendo poco a poco la historia (tanto la real como la imaginada) de ese pueblo o de ese valle concreto, sus anhelos, sus leyendas, el origen de sus tradiciones, las afrentas y traiciones (exclusivas o compartidas) que subyacen en su imaginario colectivo del pueblo, etc.

Permanecer...

El orgullo de resistir en el pueblo frente a la ciudad, ¿es independencia o aislamiento? ¿Se está más arropado con miles de conciudadanos alrededor, a quienes apenas conocemos? ¿Vivimos mejor con las facilidades que conlleva tener cerca unos servicios básicos cubiertos o estamos mejor en ese complejo mundo rural, sin tantas comodidades pero con nosotros mismos? En definitiva, ¿dependemos de las necesidades personales y las capacidades individuales o colectivas?

El pueblo multiplica todo lo que recibe: tras acoger amablemente a sus vecinos, estos se sienten mejor al socializarse y acompañarse en una vida comunal donde ninguno de ellos se diluye sin más

Actualmente, cientos de ancianos viven solos en la ciudad, aislados en un populoso enjambre urbano; frente ellos, el pueblo cuenta con pequeños grupos que se reúnen cada tarde *en esa piedra que da el sol*. Dicho de otra forma: en la ciudad la gente va a terapia, mientras que los habitantes del pueblo viven en un entorno terapéutico.

Sentirse...

Una consecuencia de la vida actual es el descenso, día a día, de la tasa de natalidad, tanto en las ciudades como en los pueblos. Pero son estos últimos quienes manifiestan el fenómeno de forma más acusada. En este contexto, ¿qué les espera a nuestros niños?

Pensemos un momento en lo siguiente: si dejamos a un grupo de niños en un pequeño



pueblo, no hará falta preparar ni juegos ni actividades: enseguida corren y alborotan ellos solos explorando por ahí. De forma paralela, las ventanas de las casas se abren y los rostros de sus vecinos se iluminan con recuerdos de lo que hace algún tiempo fueron las calles de su pueblo; mientras, la cara de los más pequeños mostrará una jovial alegría al saludar y ser saludados por todos. Sin embargo, cuando regresen a la ciudad, solo las personas mayores devolverán ese saludo, esa sonrisa, provocando una nueva mueca, pero esta vez de desconcierto.

Quien ha pasado y disfrutado su infancia en un pueblo seguramente haya idealizado esta etapa vital. Aunque como espacio puede esconder más riesgos reales que la ciudad, genera sin embargo una sensación de seguridad que se basa en la disposición de un amplio terreno para el libre albedrío infantil y juvenil, controlado en todo momento por una supervisión común realizada, de forma simultánea, por una *tribu rural* que, además, educa.

Vivir...

La actual *demotanasia* acecha, de forma preocupante, a todo espacio rural: el envejecimiento de la población reduce la vida en el pueblo; además, con esta reducción se ajustan, inevitablemente, los servicios que ofrece.

Con una natalidad que desciende día a día, tanto en las ciudades como en los pueblos, son esos últimos quienes muestran en mayor grado este fenómeno actual

Por tanto, la vida en el pueblo se complica y decidimos vivir en la ciudad, aunque volveremos para cumplir con las tradiciones, las fiestas, los desfiles o las procesiones. Pero, de esta forma, traicionamos inconscientemente nuestros deseos más íntimos y en nuestro interior se genera una inquietud que nos atormenta: ¿Dónde vivo? ¿Por qué allí? ¿Dónde quiero vivir? ¿Qué tengo? ¿Qué espero?

A pesar de este abigarrado mosaico de contradicciones, desde la distancia *siento y vuelvo, apuesto porque pertenezco*. Y por eso vuelvo, y *vivo allí sin vivir allí*.

Por todo ello debemos inculcar en las futuras generaciones el amor por los pueblos, pues en ellos se hunden nuestras raíces culturales y es en ellos donde se rescatan cultivos, profesiones, casas, útiles... Porque en el mundo rural está la base del trato amable a la tierra que siempre responde alimentándonos con sus frutos. Porque los pueblos son el reservorio de la sabiduría del contacto con la naturaleza.

VIVIR